

Carta de Porto Alegre

Del 13 al 18 de marzo del 2006 se ha celebrado en Puerto Alegre, Brasil, el tercer encuentro organizado por la Comisión Internacional de Justicia, Paz y Ecología, sobre el tema: “Fraternidad evangélica, justicia económica y erradicación de la pobreza”.

Durante una semana, 54 hermanos, procedentes de cinco continentes, se han puesto a escuchar el grito de los pobres en el mundo de hoy, han compartido experiencias y observando lo que ya existe, han trazado futuros itinerarios de testimonio y de actuación, reflejos de luz de los valores inspiradores de nuestro carisma y de la tradición histórica y profética de nuestra Orden Capuchina.

Con el encuentro de Puerto Alegre se ha querido ofrecer a todos los hermanos una oportunidad para elaborar una respuesta, lo más precisa y comprometida posible, para una instancia que se ha hecho poco a poco cada vez más acuciante en nuestra Orden, la de conjugar fraternidad evangélica y justicia económica en el momento actual: “en un mundo de competitividad y de lucha, nosotros como menores e itinerantes, empeñémonos en cumplir una misión profética expresando nuestra solidaridad con los pobres y marginados, situándonos a su lado para transformar el mundo según el espíritu evangélico de fraternidad” (VII CPO, 48).

Ahora, al finalizar la semana de escucha, de reflexión y de compartimiento, los delegados presentes en Puerto Alegre desean consignar a todos los hermanos de la Orden un documento conclusivo: La Carta de Puerto Alegre. Con un estilo, expresamente deseado, conciso y esencial, el texto propone: una vigorosa textura entre el llamamiento a la ejemplaridad de Francisco y de los primeros capuchinos y el análisis crítico del contexto socio-económico actual, entre

el compromiso profético de muchos hermanos en diversas partes del mundo y el contra-desafío de nuestra “economía fraterna” de frente a los modelos económicos generadores de pobreza y de marginación en el mundo de hoy.

Los cinco principios de una crítica profética a los sistemas que, actualmente, prevalecen (participación, igualdad, transparencia, solidaridad, austeridad) y las once propuestas operativas recogidas en la Carta, trazan el camino a recorrer para pasar del análisis y de la reflexión a la acción, para convertir nuestra presencia en testimonio profético y en solidaridad transformadora.

Al enviaros la Carta de Puerto Alegre, confiamos en que los Superiores Mayores y locales, los promotores de Justicia y Paz en las distintas circunscripciones y todos los hermanos, se percaten de la responsabilidad que los delegados de Puerto Alegre han asumido, en nombre de todos nosotros, ante el grito de los pobres. En Puerto Alegre se ha pensado en términos universales (think globally), ahora a cada hermano le corresponde el compromiso de encarnar en su propio contexto de vida los valores universales de los que, unidos, hemos tomado una renovada conciencia (act locally). Favorecer y promover la circulación del documento en las fraternidades y dejarse interpelar personal y comunitariamente por la urgencia de una respuesta a tal grito: ¡He aquí un primer paso en la dirección justa!

Fraternalmente

Fr. Tewelde Beyene
Director del Servicio Internacional
Justicia, Paz, Ecología

Roma, 26 de marzo del 2006

Queridos hermanos,

Saludos desde el Tercer Encuentro organizado por la Comisión internacional de la Orden para la Justicia, la Paz y la Ecología. Después del Encuentro de Addis Abeba del 2004 sobre *La fraternidad evangélica en un mundo multiétnico* y el Encuentro de Nagahuta, Pematangsiantar, en Indonesia, sobre *El Diálogo interreligioso en el contexto del fundamentalismo*, nosotros, 54 delegados de todas las Conferencias de la Orden, nos hemos reunido con el Ministro general en Puerto Alegre, en Brasil, para reflexionar sobre el tema de *La Fraternidad evangélica, la Justicia económica y la Eliminación de la pobreza*.¹ Estos Encuentros son fruto de la decisión del Capítulo general del 2000 de dar mayor impulso a los esfuerzos de justicia y de paz como parte integral de nuestra vida cristiana y franciscano-capuchina.

Puerto Alegre, con sus Forum sobre la justicia social, se ha convertido en sinónimo de la lucha contra la pobreza y de la búsqueda de un mundo más justo. Nosotros esperamos que el nombre de esta bella ciudad, en la Provincia de Río Grande do Sul, pueda convertirse para el mundo capuchino en un símbolo de nuestro compromiso fraterno con los pobres.

Recordamos como, en esta misma Provincia capuchina, en Garibaldi, en el 1986, se celebró el V CPO para reflexionar sobre el tema de *Nuestra presencia profética en el mundo*. En nuestro Encuentro hemos podido escuchar ejemplos de testimonios dados por hermanos verdaderos que hoy viven y trabajan por y con los pobres en diversas partes del mundo. Por ejemplo existe una fraternidad de hermanos nuestros en la Viceprovincia de Centro América del Norte que vive en un pueblecito indígena de la tribu Lenzen, en Honduras, y comparte con los nativos la pobreza y las luchas contra la injusticia. En el 2004 uno de aquellos hermanos, Emilio Navarrete, habló en las Naciones Unidas, junto a *Franciscans International*, haciendo ver la opresión por parte del gobierno sobre Lenzen y defendiendo sus derechos. Hemos visitado algunas realizaciones de los capuchinos de Río Grande do Sul: una cooperativa de hombres y mujeres, que se han organizado para vivir con lo que saquen del reciclaje de los desperdicios; luego una empresa de confecciones, organizada y gestionada por mujeres pobres; y una residencia de campesinos, que piden la reforma agraria y una agricultura ecológica. Todos estos trabajos son para nosotros una demostración de las posibilidades

1 El Encuentro tuvo lugar del 13 al 18 de marzo del 2006.

de un compromiso eficaz con vistas a superar la pobreza extrema y de vivir en solidaridad con los demás y con la creación.

Nosotros, queridos hermanos, consideramos estos ejemplos como representativos de vuestros esfuerzos en todo el mundo. Tales proyectos exigen que los hermanos sacrifiquen sus comodidades y sus posiciones de privilegio y acepten la vulnerabilidad de los pobres. Ellos son el rostro de la Orden hecho visible a los pobres y a los pequeños de este mundo. Vuestros compromisos y vuestro testimonio profético son esenciales a la vida y a la espiritualidad de la Orden. ¡Gracias! Las distintas conferencias que hemos escuchado y las discusiones que hemos tenido durante esta semana nos han hecho de nuevo presentes las urgentes necesidades de continuar hablando y actuando contra la



600 millones de niños en todo el mundo viven en absoluta pobreza, y cerca de 115 millones de niños no están escolarizados

pobreza creciente y la separación, cada vez más grande, que existe entre ricos y pobres. Hemos comprendido mejor como ni el sistema económico socialista, ni el sistema económico neoliberal capitalista están en grado de reducir de manera significativa las formas extremas de pobreza que existen en el mundo. La *Relación de la ONU del 2005 sobre el desarrollo humano*, publicada en septiembre del 2005, ha declarado que “la pobreza mata cada hora a 1200 niños”, indicando como la desigualdad entre ricos y pobres en el mundo continua aumentando en el mundo, de modo que “las 500 personas más ricas del mundo ganen juntas más que los 416 millones de personas más pobres”.² Hemos visto también que casi la mitad (2,8 billardos) de los 6 billardos de personas en el mundo viven con menos de 2 dólares al día, nivel internacional de la pobreza extrema. Casi el 20%, esto es 1,2 billardos de personas, viven con menos de 1 dólar al día. Más de 600 millones de niños en todo el mundo viven en absoluta pobreza, y cerca de 115 millones de niños no están escolarizados. Para las naciones de África y las demás naciones pobres del mundo, pagar los intereses de la deuda externa los priva de recursos de los cuales necesitan para las necesidades básicas: la comida, los cuidados médicos y la educación.

Mientras el socialismo como sistema económico está casi totalmente destruido, el sistema neoliberal, con su concepto de libre mercado, ha extendido su “globalización” a todo el mundo. Es un sistema que crea mucha riqueza, pero que concentra y asegura tal riqueza en manos de poquísimas personas. Nosotros creemos que el problema de la pobreza en el mundo no se debe a la escasez de recursos. El mundo tiene bienes suficientes para satisfacer las necesidades de cada persona: hombre, mujer y niño. Sin embargo, mientras los ricos se hacen cada vez más ricos, centenares

de millones de personas quedan sistemáticamente excluidas de la participación de tales bienes. Ellas, junto con el pobre Lázaro del Evangelio, están ante las puertas de los centros comerciales, en las zonas residenciales exclusivas, y también en las puertas de nuestros conventos, y esperan que las migajas caigan de la mesa de la abundancia.

Esta realidad no sólo divide la tierra en países desarrollados y subdesarrollados, sino que, al mismo tiempo, está también ahora dividiendo a los mismos países entre sí. Incluso las naciones ricas actualmente tienen fenómenos de una permanente clase baja. Hoy la pobreza, con todas sus privaciones en la educación, en la sanidad, en la representación política, en la participación cultural y en el ambiente, etc., es una pobreza sistemática, a la que resulta dura hacer frente y que es difícil de cambiar.

Nosotros mismos, muy frecuentemente, hemos perdido la sensibilidad hacia las trágicas proporciones de la pobreza. Hemos sido insensiblemente inducidos a creer que tal situación sea inevitable. También nosotros hemos caído en un profundo individualismo y nos hemos aislado tanto los unos de los otros en las fraternidades como de los pobres del mundo. Pero, al mismo tiempo, vemos también signos de esperanza, no sólo en nuestros hermanos capuchinos, sino también en muchas personas comprometidas, en organizaciones sociales, en colaboradores cristianos y en grupos

religiosos, que continúan trabajando por una sociedad global más justa. Nosotros pensamos tener en nuestras manos, en el carisma capuchino, una llave importante que abre la puerta hacia este futuro. Durante los últimos diez años la Orden ha elaborado una estructura económica alternativa, que hemos denominado “economía fraterna”. La economía fraterna está en oposición a la “economía de mercado”, porque tiene como fin no la riqueza sino las relaciones humanas. Una economía que tiene como estímulo el mercado, donde la concurrencia y la utilidad económica son las motivaciones esenciales, necesariamente crea vencedores y vencidos, y así con frecuencia sacrifica la honestidad y la justicia en favor de la utilidad. En la economía de mercado la seguridad es respuesta en la riqueza y viene acentuado el aislamiento de las demás personas. La economía fraterna, por el contrario, considera a nuestros hermanos y a nuestras hermanas como nuestros más grandes tesoros y nuestra última seguridad. Ella crea relaciones redimidas con Dios, entre los seres humanos y con toda la creación, un mundo que sufre a causa de una explotación que no tiene fin.

La economía fraterna no es una economía de paternalismo, de trabajo social o de caridad desinteresada, sino que es una economía de solidaridad con nuestros hermanos y hermanas, que sigue el modelo de la encarnación. Jesús no se ha despojado de sí mismo al modo de un filántropo (Fil 2, 6-11). Él se ha vaciado de sí mismo para compartir nuestra condición y para enriquecernos con su pobreza. Así nuestra economía fraterna capuchina es, en último análisis, una espiritualidad de solidaridad, que nos permite ver juntos, al mismo tiempo, a nuestro Dios y a nuestros hermanos y hermanas. Los frutos de esta contemplación son la unión con la familia humana y la confianza de sentirnos en compañía con Dios. La economía fraterna inicia con el reconocimiento de lo que se manifiesta en el VI CPO, 6: esto es, que Francisco no hizo una opción contraria al dinero en cuanto tal, sino contraria a las consecuencias de la economía monetaria

2 *The 2005 Human Development Report*, publicada el 7 de septiembre del 2005, se puede encontrar en www.hdr.undp.org/report/global/2005

que crea avaricia y envidia, y desencadena violencia y destrucción en las relaciones de las personas con Dios y de ellos entre sí.

En su *Testamento*, Francisco dice que su “camino de penitencia” comenzó con el encuentro con el leproso, un abrazo que superó las normas exclusivas y excluyentes de la sociedad (Test 1-3). En la *Leyenda de los Tres Compañeros* (IX, 35), Francisco explica al Obispo de Asís que su renuncia a los bienes mundanos no está en relación primaria con la penitencia y la ascesis. Francisco renunciaba, sobre todo, a las posesiones materiales para no verse obligado a defenderlas con las armas y de este modo destruir las relaciones pacíficas con hombres y mujeres. Por lo que la austeridad de la vida franciscana era como la consecuencia de una opción radical de vivir en relación con todos y de recrear los vínculos de comunión de la gente con Dios. Entonces la austeridad se convierte para los hermanos en un signo de credibilidad y su protección contra el virus de la avaricia.

Vista así, la “economía fraterna” es una nueva forma de relacionarse con el mundo y, al mismo tiempo, un anuncio profético. Es mucho más que un simple sistema de contabilidad o de compartir fraternalmente los recursos de la casa. Sus cinco principios son una crítica profética al sistema corriente que muchos de nosotros han aceptado como el único sistema posible:

1. La **participación** asegura que todos aquellos que están en ella interesados estén comprometidos en las decisiones más significativas que se tomen. Es éste un elemento importante contra la manipulación y el secreto de las informaciones.
2. La **equidad** no exige que cada uno tenga las mismas cosas, sino que cada uno tenga el derecho a lo que se necesita para llevar una vida digna. Es una forma en la que se reconocen las diferencias personales y culturales. Y es rechazo a valorar las personas con el metro de lo que yo poseo.
3. La **transparencia** garantiza la honestidad, la responsabilidad y los criterios éticos en las transacciones. Constituye una fuerte crítica a la corrupción, a la deshonestidad y a la manipulación en los diferentes niveles de la sociedad.
4. La **solidaridad** critica y se contrapone a la voluntad de provecho que concentra la riqueza en las manos de pocos y actúa como motor de la “economía de mercado”. La solidaridad se basa en la experiencia de san Francisco de que lo que nosotros poseemos viene de Dios y que la única cosa que es verdaderamente nuestra es nuestro pecado. (Rnb XVII,7 y 17).
5. La **austeridad** no es exactamente sólo la opción personal de un estilo de vida sencillo sino que es también una opción comunitaria contra todo lo que destruye las relaciones con Dios y con nuestros hermanos y hermanas. Es un valor fraterno fundamental que preserva los demás valores de la vida franciscana. Es una manera de rechazar un sistema que funciona con crear constantemente nuevos deseos para poder vender más. Sin la “auto-limitación” de la austeridad, la solidaridad se convierte en objeto de ofensa y de destrucción.

La reforma capuchina fue en su origen la voluntad de volver a la contemplación. Sin embargo, la peste en la región de Camerino empujó a los hermanos a salir de la clausura de sus eremitorios para servir a los enfermos en sus necesidades. Esta disponibilidad para servir les ganó la estima del pueblo y ayudó a la Orden a continuar viviendo no obstante los muchos problemas. Lo que fue el leproso para Francisco en su tiempo eso fueron los apastados para los primeros capuchinos, lo son para nosotros hoy los pobres: hermanos y hermanas por el camino de la conversión y recíprocos evangelizadores de una nueva economía fraterna. El cuidado de los primeros capuchinos con los enfermos fue un acto específico de caridad. Sin embargo, unido a la austeridad de su vida, ello proclamaba un importante valor de la economía fraterna: que el movimiento de aislamiento con la solidaridad es fundamental para la redención del mundo. Nuestro encuentro con los leprosos y los enfermos nos enriquece, como enriquece a los pobres y al mundo entero.

Nuestra historia capuchina nos muestra ejemplos de cómo los hermanos constantemente han renovado su creatividad para salir al encuentro de los necesitados y de los excluidos de sus tiempos: el primer equipo de bomberos de París estuvo formado por capuchinos; Solanus Casey en Detroit, Fr. Leopoldo de Alpendeire en Granada y Fr. Cecilio en Viale Piave (Milán) han dado de comer a los hambrientos. Hoy nuestros hermanos nos están dando nuevos ejemplos, como los hermanos de la India que trabajan con los Dalia y los africanos que trabajan con los refugiados y los exiliados por causa de tantas guerras que hay en el continente. Otros ejemplos los tenemos en América Latina, donde algunos hermanos trabajan con los indígenas, y en Europa, tanto

No tenemos mucho dinero. Lo que más me ayuda es la solidaridad que existe entre nosotros, cuando nos ayudamos unos a otros



en el este como en el oeste, donde los hermanos trabajan con millares de emigrantes y los sin techo que viven en las calles de las ciudades.

Hoy muchos hermanos nuestros viven en la “periferia” (VII CPO, 3), cerca de los pobres. Basta sólo con abrir nuestras puertas a los hermanos y hermanas pobres para acogerlos entre nosotros o para servirlos. Algunos de nuestros hermanos abren las puertas no sólo para servir a los pobres sino también para vivir con ellos y compartir su vida y sus condiciones sociales (I, V, VI e VII CPO). Esta inserción entre los pobres es necesaria para nuestra identidad y espiritualidad capuchina.

Las características de nuestra Orden -- contemplación, austeridad y atención a los necesitados -- han servido para crear y crear relaciones redimidas. Emmanuel Levinas dice: “Las necesidades materiales de un hermano son

mis necesidades espirituales”.³ Este modo de pensar no significa que nos ganemos el paraíso con nuestras obras de caridad. Más que todo nos muestra que el encuentro con los pobres purifica nuestra imagen de Dios, mientras la contemplación purifica nuestras intenciones y guía nuestro camino evangélico. La austeridad junto a los otros valores de la economía fraterna es la base sobre la que hay que trabajar para la globalización de la solidaridad.

Queridos hermanos, deseamos proponer algunas actividades concretas que nos ayuden a afrontar el problema de la pobreza económica, como fraternidad evangélica:

1. Examinar y cambiar la economía existente en nuestras comunidades, en nuestras circunscripciones y en nuestra Orden siguiendo los principios de la “economía fraterna”, no sólo como forma de contabilidad, sino también como alternativa económica con gran poder profético.
2. Estudiar y conocer la situación económica de la tan numerosa población de nuestro planeta actualmente excluida de los bienes de la tierra. Debemos exhortar a nuestros hermanos a ir más allá de las torcidas interpretaciones de los mas media sobre lo inevitable de la pobreza y de la supremacía del motivo del lucro.
3. Conocer más a fondo y aplicar la doctrina social de la Iglesia y de los documentos de la Orden sobre este tema de la economía fraterna, en manera de promover la justicia económica en todos nuestros compromisos.
4. Leer y releer los documentos del V, VI y VII CPO a la luz de la “teología de comunión”.
5. Asegurarse de que nuestros proyectos de solidaridad sean proyectos comunitarios de toda la fraternidad, local y provincial, y valorar continuamente las dinámicas de la acción social que desarrollamos.
6. Conocer, ayudar y utilizar *Franciscans International* como medio privilegiado de la Familia franciscana en las Naciones Unidas, para la transformación social y una evangelización integral.
7. Continuar nuestra especial solidaridad con el “Grito de los pobres”, presentado por nuestros hermanos africanos al Capítulo general del 2000, en sus tres niveles de guerra, AIDS y deuda externa.
8. Reforzar nuestra formación inicial y permanente respecto a estos temas (especialmente el de la economía

3 Emmanuel Levinas, *Nine Talmudic Readings*, Bloomington, Indiana University Press, 1999, p. 99.

fraterna), ofreciendo seminarios, experiencias y cursos de estudio, y animando a los hombres de cultura de la Orden a escribir sobre estos argumentos.

9. Aplicar los principios de la economía fraterna en nuestros compromisos y, de modo especial, cuando trabajamos con los pobres para que adquieran fuerza.
10. Apoyar y proteger las presencias de inserción como lugares privilegiados para encontrar a Cristo pobre y crucificado (cfr VII CPO, 3), y buscar apoyo internacional en la Orden cuando tales presencias estén en peligro.
11. Reforzar las comisiones de JPE en las circunscripciones de la Orden y participar en las redes de información y organización de acción para sostener la justicia, la paz y la ecología.

Queridos hermanos, al finalizar estos días vividos juntos, deseamos expresar nuestro aprecio y valor por el trabajo realizado por la Orden en estos dos últimos sexenios. Estamos convencidos de haber encontrado nueva seguridad y nuevo fundamento para la esperanza: no en la concurrencia con la economía global, sino en la solidaridad de la economía fraterna. Este descubrimiento nos lo ha confirmado una pobre mujer que hemos encontrado en una cooperativa de reciclaje de desperdicios en Puerto Alegre. Aquí los trabajadores, ayudados por un hermano nuestro, ganan un salario mínimo de cuatro dólares al día. Esta madre de varios niños nos ha dicho: “No tenemos mucho dinero. Lo que más me ayuda es la solidaridad que existe entre nosotros, cuando nos ayudamos unos a otros”. Esta cooperativa vive la economía fraterna. Estamos convencidos de que el mensaje de nuestra fraternidad evangélica con los pobres a nivel económico consiste no en lo que tenemos o en lo que gastemos. Nuestro testimonio consiste especialmente en nuestro modo de vivir y de servir. Estamos llamados a globalizar la solidaridad, porque “el fruto de la solidaridad es la paz”.⁴

Los Delegados al Encuentro internacional de la Orden capuchina sobre la Fraternidad evangélica, la Justicia económica y la Eliminación de la pobreza

Porto Alegre, 18 de marzo del 2006

4 Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis*, 39: “El lema del pontificado de mi venerado predecesor Pío XII era *Opus iustitiae pax*, la paz como fruto de la justicia. Hoy se podría decir, con la misma exactitud y la misma fuerza de inspiración bíblica (cfr *Is* 32, 17; *Sant* 3, 18): *Opus solidaritatis pax*, la paz como fruto de la solidaridad”.

